

Hijos de Poros y Penía: ¿Cómo podría reformularse esto hoy día?

Teresa Bejarano
Universidad de Sevilla (España)

Se dice que los clásicos son los autores que son capaces de seguir impactándonos sea cual sea la distancia que separa nuestra época de la de ellos. Por eso, una afirmación verdaderamente clásica la podemos seguir reformulando en cada siglo. A mí siempre me ha parecido admirable aquella frase en que Platón caracterizaba a los seres humanos como hijos de Poros y Penía, o sea, como una mezcla única de riqueza y pobreza. Así que a continuación va un esquema de lo que, si se trabaja mucho en ello, podría llegar a ser una reformulación actual de la idea de Platón.

Los seres humanos llevan en sí mismos—en el núcleo de la peculiaridad que los distingue—el germen de lo que es superior a ellos. Así, o aspiramos a ir más allá de nuestros límites, o perdemos nuestra característica diferencial humana. Tal intrínseca inestabilidad es nuestro lote. Hoy, sobre el fondo de la evolución biológica y de los recientes descubrimientos de psicología comparada, esa idea puede concretarse y alcanzar una mejor fundamentación.

Un primer terreno en que aquella intrínseca inestabilidad se ve bien es la capacidad de pensar en el pasado y el futuro. Nosotros sólo podemos vivir momento a momento. El pasado no vuelve, y el futuro todavía no está. Eso es verdad, sí. Pero los seres humanos, a diferencia muy probablemente de cualquier animal, podemos revivir episodios pasados e imaginar otros futuros. Podemos incluso pensar en tiempos en los que nosotros mismos no existíamos. Esto, por supuesto, no es vivir simultáneamente todo; esas nuestras capacidades están ciertamente muy lejos de ser una liberación del tiempo. Sin embargo, esa capacidad humana nos deja con la miel de la eternidad en los labios, podríamos decir.

Igualmente pasa con la captación de la interioridad radicalmente ajena. En el origen esa captación habría surgido cuando el sujeto le atribuye estados mentales al individuo que está mirándolo a él, o interactuando con él en ese mismo momento. Cualquier estado mental que envuelva relación con el sujeto no podría ser nunca, en ninguna circunstancia, un estado mental propio del

sujeto. Así, no puede haber, por tanto, en el sujeto expectación alguna de ese estado. Ahora, a diferencia del particular modo de ‘ponerse en los zapatos de otro’ que es accesible a los chimpancés, el sujeto estaría captando una interioridad radicalmente ajena. Así, en cierto modo el sujeto estaría acercándose a un conocimiento en el que las diferentes interioridades, la propia y la ajena, son simultáneamente atendidas. Ciertamente en un conocimiento pleno las dos interioridades serían conocidas y atendidas con la misma profundidad, y eso está muy lejos de nuestras capacidades. Ciertamente la captación de la interioridad ajena es esporádica, superficial y débil. Sin embargo, está claro que en este terreno el ser humano ha llegado muy lejos. Pero, lo mismo que antes vimos que sucede con el conocimiento de los tiempos no vigentes, de nuevo también aquí notamos que nuestra limitada capacidad, más que para satisfacernos, sirve para hacernos sentir nuestra pobreza. De nuevo en este aspecto nos quedamos con la miel en los labios.

¿Y qué hay de la voluntad libre? Por un lado, tenemos la experiencia de que somos capaces de forzarnos a nosotros mismos a hacer lo que no tenemos gana de hacer. Pero en vez de sentirnos con una libertad que atraviesa los espacios rauda y poderosa, sólo habría un penoso y artificial manejo de los símbolos que pueden dirigir nuestra atención a algún aspecto de la realidad más que a otro. Los signos lingüísticos, mientras por un lado, son un recurso muy barato que se puede activar con un mínimo y brevísimo impulso, son, por otro lado, capaces de un enorme rendimiento podría. Y así, con el instrumento de los signos lingüísticos, podemos activar una meta que por sí misma no habría contado con suficiente fuerza biológica para resultar ganadora en la competición entre metas. Somos libres entonces, sí. Pero aquella libertad del espíritu de la que tanto se habló durante milenios resulta perder a la hora de la verdad todo su sublime atractivo. La libertad que es posible en el muy particular trozo de materia que es el cerebro humano pasa por el lento aprendizaje del lenguaje y por la tardía intrapersonalización de éste, y ha de contentarse con victorias reñidas y por la mínima diferencia. Nuestro sentimiento de ser libres está tintado desde el principio por la nostalgia de lo que sería una plena y todopoderosa libertad.

Somos finitos, pero somos capaces de anhelar lo infinito. Somos, como decía Platón, una síntesis de Poros y Penía. Nuestras características humanas nos impulsan a ser más que humanos.